

MIS PRIMERAS IMPRESIONES DE AMERICA *

por Francisco Morales Padrón

LAS IMPRESIONES DE LA INFANCIA

No recuerdo tener de niño la noción de haber nacido en unas islas que estaban a medio camino entre Europa y América. Desde las Canarias, auténtica encrucijada de tres continentes, ha sido siempre fácil mirar hacia el rumbo americano; a veces, con más insistencia que en la dirección europea y, por supuesto, más que hacia Africa cuyo territorio continental es, paradójicamente, el más cercano físicamente. Las denominadas en la Antigüedad clásica islas de la Fortuna fueron en el siglo XV unas primeras Antillas: en su geografía se inició una colonización, auténtico precedente de lo que luego se realizó en el Nuevo Mundo y, desde su plataforma, se practicó una proyección con dirección africana, similar en cierto sentido a la llevada a cabo por los españoles desde las Antillas hacia la Tierra Firme, y que en el caso atlántico fue acompañada por la pugna con Portugal. Al final, ambas potencias delimitaron sus esferas de acción y por el Tratado de Alcazovas-Toledo (1480) quedó reservado para Portugal el rumbo sureño, hacia Guinea, que le llevaría a la India gangética, mientras que por no aludirle a él,

* Discurso de ingreso en la Academia Nacional de la Historia Argentina, pronunciado en Buenos Aires el día 11 de junio de 1996

Castilla se reservó el misterioso Oeste que Colón abrió en 1492 arrancando, precisamente, de las Islas Canarias.

A partir de entonces las Islas serían «camino para las indias», como escribe Gomara y América revestirá a Canarias de un protagonismo clave en las comunicaciones intercontinentales. Por ese camino mencionado por Gómara irán y vendrán supuestos culturales, gracias a unas relaciones que aún perduran, siendo las islas Antillas, la región del Río de la Plata y Venezuela, los escenarios más teñidos de canariedad. Los vínculos con la zona rioplatense se remontan a la expedición del Adelantado don Pedro de Mendoza, que hizo escala en Canarias para avituallarse. Allí desertó un buen número de expedicionarios¹ y cargó otros que, al lado de Pedro de Benítez, sobrino del Adelantado de Canarias, Pedro Fernández de Lugo, estuvieron en la fundación de Buenos Aires.

Las razones de la emigración canaria son diversas y no es el momento de exponerlas. Tal vez nos baste para nuestro propósito conocer lo que en 1791 se decía en una Memoria de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Tenerife «...el canario desde que tiene uso de razón suspira por América como por su verdadera patria, y trabaja con tanto afán en juntar el flete de su conducción, quizá a costa de los mayores sacrificios, como si fuera el precio de su rescate...»².

Difícil se hace en las Islas encontrar a una familia que no cuente entre sus miembros con algún emigrante, que marchó un día a «hacer la América» y retornó convertido en un indiano; o no retornó y quedó para siempre en la nueva patria. Mi familia proporcionó en la segunda década de este siglo tres emigrantes: una hermana y un hermano de mi madre que se radicaron en Cuba y mi padre que marchó a la Argentina. A través de ellos tuve mis primeras impresiones o ideas de América.

Mi padre formó parte del aluvión emigratorio que en vísperas de la guerra del 14 se volcó sobre las tierras rioplatenses. Apunta Sánchez Albornoz que entre 1881 y 1935 ingresaron en la Argen-

1. Gonzalo Fernández4 Oviedo: Historia General y Natural de las Indias. Madrid, 1959 Lib. XXIII. Cap. VIII.

2 Francisco Morales Padrón: Las Canarias y la política emigratoria a Indias. I Coloquio de Historia canario-americana. Las Palmas de Gran Canaria, 1977 pp. 210-291.

tina 3.400.000 inmigrantes³. Mi progenitor fue uno de ellos, venidos a Buenos Aires con unas intenciones que se me escapan ¿Marchó a la tierra de promisión en busca de una nueva situación? ¿Fue huyendo del servicio militar? Algo de esto le escuché a mi madre. Los españoles, y volvemos a utilizar a Sánchez Albornoz, ofrecen el mayor porcentaje (48,89) de emigrantes entre 1911-1920, seguidos por los italianos que, antes de la conflagración europea, marchaban a la cabeza con el 45,63 por ciento. De esos emigrantes españoles sólo un 30,8 por ciento se radicó en el país entre 1911 y 1920. Mi padre no estuvo entre ellos. Por las razones que sean no formó parte de ese 30% nacidos fuera del territorio argentino que en 1914 integraban su población. Mi progenitor fue y volvió tan pobre como había embarcado arrastrando la nostalgia de sus días bonaerenses en letras y músicas de tango que yo aprendí de niño con palabras cuyo significado desconocía (**percantá, amuraste, fané, tamango**). Aparte de aquellas músicas, recuerdo un baúl de madera, pintado de verde, que durante muchos años vi en mi casa cual testimonio mudo de la aventura juvenil paterna. De las andanzas americanas de mi padre poco supe, y hoy me lamento no haberle interrogado sobre ellas. Perdí la ocasión de que me narrara sus vivencias argentinas. Quizá no le hice preguntas por respeto y por carecer de oportunidad, pues me alejé de mi familia a los 21 años para formarme en la Universidad. Posteriormente, ahora, me he planteado: ¿En qué fecha viajó? ¿Con quien iba? ¿Qué hizo? ¿Estuvo solo en Buenos Aires? ¿Cuánto tiempo estuvo?⁴ No me sirve la imaginación para dar respuesta a tales interrogantes. Puedo identificar a mi padre con el emigrante que Juan F. Marsal nos presenta en *Hacer la América. Biografía de un emigrante*. Como ese personaje, mi padre hubiera manifestado en su relato que **«por fin llegó el día esperado y angustioso. Llegábamos después de 19 días a Buenos Aires. Era el día 3 de mayo... a las once de la noche, pero no desem-**

3. Nicolás Sánchez Albornoz: La población de América Latina. Desde los tiempos precolombinos al año 2.000. Madrid, 1977 pp. 168 ss.

4. Según datos conservados en el Centro de Estudios Migratorios Latinoamericanos de Buenos Aires (Certificado de arribo a América n° 2778). Francisco Morales Navarro llegó a Buenos Aires con 19 años en el buque «Cádiz», desembarcando el 23 de Noviembre de 1910. Agradecemos la noticia a la Sra. Nora L. Siegrist de Gentile.

barcámos hasta el día siguiente, el día 4, a las 9 de la mañana. Por fin ya estaba en la Argentina. Aquella noche no dormí nada. Me la pasé en cubierta con otros estirando el pescuezo, mirando a derecha e izquierda.

¡Esa gran ciudad que se veía tan iluminada! Esa ciudad, que en aquel entonces era la ilusión de tantos miles de seres que iban con la esperanza de satisfacer sus ansias de fortuna, o por lo menos de mejorar sus situaciones económicas! ¿Qué tal me iría a mí? ¿Sería para mal o para bien haber venido. Dios mío, ayúdame, guíame siempre, rogaba yo»⁵. Algo similar debió de experimentar mi progenitor, algo parecido pensó y pidió aquel muchacho que, procedente de un minúsculo pueblo canario, se sumergía en la gran urbe con un baúl repleto de fantasías. Las ilusiones murieron o se quedaron en Buenos Aires; el baúl, vacío de ellas, retornó al pequeño pueblo y serviría para que mi madre guardase en él ropas y libros.

Aparte de lo mencionado, lo único que conservo cual prueba de las vicisitudes paternas al otro lado del Atlántico, es una partida de bautismo y el permiso que su madre, viuda, le concedió ante el juez para, con 19 años, embarcar hacia la República Argentina.

La otra América que irrumpió en mi infancia, no como algo pasado, sino como algo vivo, fue la que mis tíos me proporcionaron desde Cuba. Recuerdo la atmósfera de expectativa ante la aparición del cartero portador de una carta procedente de la imaginada y soñada isla antillana. Cuba había abierto sus fronteras con la Ley de Inmigración y Colonización de 1906. Los españoles, y entre ellos los canarios en especial, acudieron en buena cantidad a una tierra siempre considerada cercana en todos los sentidos. Los españoles de Cuba, como Sánchez Albornoz apunta, estantes en la isla por las fechas de la segunda década del siglo, estaban más ligados al aparato productivo que al administrativo. El canario, casi siempre campesino, pasaba a conformar el conglomerado de los isleños, por lo general guajiros o agricultores. Mis familiares,

5. Juan F. Marsal: Hacer la América. Biografía de un emigrante. Barcelona, 1972 pp. 107-8.

hijos de agricultores, se situarían, una, en el interior; el otro, en la capital donde me los encontré unos cuarenta años más tarde. De ellos, siendo yo niño, me hablaban unas cartas, de clara grafía, franqueadas con unos sellos rojos, verdes, azules, ocre, en los que figuraban José Martí, Máximo Gómez, Antonio Maceo... cuyas personalidades y significado en la historia cubana yo desconocía. En una ocasión, lo recuerdo muy bien, no fueron las cartas quienes se hicieron presentes con sus mensajes, sino todo un indiano vestido de blanco, tocado con un jipijapa y luciendo leontina y refulgentes anillos de oro y piedras preciosas. Traía noticias de mis tíos. Su estampa tropical ocupó mi imaginación para siempre. Nunca volví a ver un indiano más indiano que aquel.

Esas fueron las primeras huellas de América siendo niño y siendo adolescente. América se reducía a Buenos Aires y a Cuba. Una América que la personificaba mi padre, presente, y sus canciones parte de mi ámbito vital, y mis tíos, ausentes, y sus cartas de continuo esperadas por los abuelos. ¿Qué decían aquellas misivas leídas y releídas? No lo sé. Cuando con mi discípulo y colega Isabelo Macías preparaba una edición de cartas enviadas a la metrópoli desde América en el siglo XVIII⁶, suponía que los textos de mis parientes no serían muy distintos y bien podrían comenzar con un **«Quiera la Divina Magestad que estos cortos y mal formados renglones lleguen a tus manos y te hallen con la salud que yo para mí deseo»**, tal como escribe en 1744 una señora desde Buenos Aires. Son cartas estas casi todas, que sirven para manifestar el anhelo de un reencuentro, sin que falte la anécdota cotidiana, como la de aquel esposo que también desde la capital rioplatense le aseguraba a la esposa que no se ha ido al Paraguay en pos de las paraguayas y que, tal como ella quiere, le tendrá preparado un loro hablador cuando venga. Los loros, me acordaba yo leyendo esta promesa, han sido aves familiares en mis islas y su presencia era como un anuncio de lo americano.

6 Cartas desde América 1700-1800. Sevilla, 1991, pp. 203 y 215.

EN LA ISLA DE LA AMISTAD

Llegué a América por vez primera, vía Puerto Rico, el 4 de octubre de 1957. De inmediato me sorprendió la humedad del trópico y cierto olor cuyo origen situé en las tierras boscosas.

Era, repito, el 4 de octubre. Aquel día pero de 1492, Cristóbal Colón hizo una anotación breve en su Diario. Señaló que al navío habían venido pardelas, alcatraces, rabihorcados y una ave blanca como gaviota. Y añadió que un muchacho marinero derribó un alcazaz de una pedrada. El día 5 el apunte volvió a ser escueto, pero él rezuma todo el bucolismo y fantasía de Colón, quien considera tener el Paraíso en las manos. Habla de la mar tranquila y llana, de aires dulces y temprados, de aves, de peces, de golondrinas ¿Vió realmente golondrinas? Curiosamente se le ha deslizado un portuguesismo: **temprado**. En los días sucesivos, hasta alcanzar al 11 de octubre, Colón y sus compañeros creen, el día 7, haber descubierto tierras; cambian el rumbo hacia el SO. siguiendo la trayectoria de las aves y no hallan nada. Hay algo de interés para nosotros —todo es interesante en estas fechas—: el día 8 los aires imperantes resultaban *«muy dulces, como en abril en Sevilla, que es placer estar en ellos, tan sabrosos son»*. Los que como nosotros no hace muchas horas hemos escapado de semejantes aires podemos certificar que en la afirmación o paralelismo del genovés no hay exageración.

Al arribar por el aire, nos privamos de esa atmósfera odorífera, cada vez más intensa, a medida que los barcos descubridores se aproximaban al archipiélago de las Bahamas, aunque si sentimos el hálito que, cual bienvenida, nos recibió en el aeropuerto de Isla Verde y que, insistimos, lo achacábamos a la densa verdura.

Los navegantes que con Colón, en su segundo viaje (porque en el primero no llegó a Puerto Rico), se acercaron a esta isla quedaron impresionados por la hermosura y fertilidad de una tierra que Miguel de Cúneo, compatriota y compañero de Colón, calificó de **«bellísima y grandísima»**. Habían conocido casi todas las Antillas Menores, muy hermosas en opinión de Alvarez Chança, médico de la expedición, **«pero esta pareció mejor a todas»**. Aquella primera América de los hombres de Colón y mía; aquella isla cuyos habitantes la llamaban **Boriquen**, resultaba seductora.

Lo era, lo es, en efecto y para mi, además, poseía un olor que experimenté siempre que regresé a ella.

Más, volvamos atrás: volvamos a los primeros días de octubre de 1492 en los cuales los marinos colombinos, entre malestares y promesas, entre quejas y reproches, accedían a proseguir la navegación, pese a que habían recorrido 1.100 leguas sin hallar las tierras que Colón situaba a 750. La persistencia fue premiada del 11 al 12 de octubre en que la islita de Guanahaní surge en el horizonte desierto de los preocupados marinos. La aparición de éstos sembró el asombro entre los aborígenes tainos al contemplar a aquellos seres barbados y vestidos, que creyeron procedían del cielo. Ni indígenas ni castellanos fueron conscientes de que acababan de poner en marcha una total revolución ecuménica, cuya primera fase consistiría en un total reajuste de las concepciones geográficas imperantes.

Yo reflexionaba sobre esto el 4 de octubre de 1957, fecha de mi desembarco, pues también la población puertorriqueña de entonces se encontraba consternada. No gritaba como los indios de Guanahaní: **«Venid a ver los hombres que vinieron del cielo»** al descubrir a unos historiadores españoles llegados para participar en el II Congreso de Historia de América en la República Dominicana, pero sí que comentaban sorprendidos que los rusos acababan de poner en órbita al primer *spunik*, inicio de la transformación de la geografía espacial. Las páginas de los periódicos se llenaron con sensacionalistas titulares: Rusia lanza al espacio el primer satélite artificial de la tierra. El éxito psicológico cosechado por los rusos no es menor que el puramente científico. El mundo del siglo III o IV se parece mucho más al mundo del siglo XVI que el mundo de comienzos del XIX al actual. Se habla de un mundo nuevo, como en los tiempos de Colón, y se dice que ahora se vislumbra ya como sucedero el viaje interplanetario, a semejanza de como a finales del XV se especulaba con el arribo a la India. Los técnicos rusos vaticinan ya el viaje a la Luna. Tal el tono de la prensa en aquellos primeros días de octubre de 1957, en que precisamente se celebraba el año Geofísico Internacional.

Con el transcurrir de las fechas, el sobresalto y comentarios originados por la última y sorprendente conquista tecnológica del hombre, dejó paso a las impresiones de aquella América insular y

caribeña me producía. Recuerdo que, pese a vivir en una gran concentración urbana, la presencia de la naturaleza me admiraba; presencia denotada no sólo por la botánica y en la que penetré al ascender a El Yunque en la Sierra del Luquillo, sino por la zoología. Una zoología que, por supuesto, no era la de las iguanas, que tanto admiraron los primeros europeos, sino la representada por el familiar **coquí**, una especie de rana dotada de un canto que salpimenta las noches y que tan unido está a la identidad boricua.

En resumen: que fue la naturaleza lo primero que afectó a mis sentidos en una tierra donde lo que me importaba era su pasado. Un pasado que en Puerto Rico se me hizo presente en la grandiosidad de las fortificaciones y a través del urbanismo del viejo San Juan, tan evocador del gran canario barrio de Vegueta de mi adolescencia. Otra primera impresión inolvidable habida en Puerto Rico, que en parte se repitió en Cuba, fue la comprobación de la presencia de elementos culturales norteamericanos, sobre todo en el idioma. Como el cronista del siglo XVI no podíamos evitar ir estableciendo comparaciones de lo que veíamos con lo conocido, con lo dejado atrás. Los anuncios y el habla diaria estaban salpicados de anglicismos: la gente hablaba de un «broder» en lugar de un hermano; de una «rufa» por un techo; de un «tin» por un equipo de fútbol. A una reunión social en la que todo el mundo hablaba y bebía de pie la denominaban un «verinais», porque al despedirse el invitado decía al anfitrión a manera de agradecimiento «very nice». Se hablaba de color «braun», y a una pensión la rotulaban «Pepita's House» con genitivo sajón. Diez años más tarde, un puertorriqueño se encargaría de demostrarnos que al idioma escuchado en España le afectaba innumerables anglicismos (camping, set, skock, short, show, stand, barman, boom, doping, flash, lobby, aparcar, record, etc.)⁷. Consecuencia de esa influencia norteamericana era también el maquinismo que llamó mi atención. Funcionaban máquinas que proporcionaban sellos, que daban cigarrillos, que facilitaban zumos de frutas, que abrillantaban los zapatos... En el mundo civilizado del que yo procedía, el español no el europeo, no había nada de esto.

7. Ernesto Juan Fonfrías: *Anglicismos en el idioma español de Madrid*. San Juan de Puerto Rico, 1968.

Me estoy refiriendo a primeras y fuertes impresiones que posteriormente amplí o corregí. Así mismo más adelante conocí una literatura que se hacía eco de la presencia cultural y política de los EE.UU. en Puerto Rico, y del dilema que la isla tenía planteado en torno a su futuro. Las novelas de José A. Baseiro, Aníbal Díaz, César Andreu, Ricardo Cordero, Héctor Marrero, José Luis González y Pedro José Soto, fueron gratas fuentes para un entendimiento del conflicto boricua.

Sobre la rememoración que hago ahora de aquellas iniciales sensaciones producidas por una minúscula fracción de las tierras y hombres de América (casi la misma América que conoció Colón durante su primera singladura), se superpone una vivencia extraordinaria: mi encuentro con Juan Ramón Jiménez, uno más de la amplia nómina de intelectuales españoles que visitaron a Puerto Rico para impartir su magisterio. Entre los más notables recordemos a Américo Castro, Pedro Salinas, Federico de Onís, Francisco Ayala, Fernando de los Ríos, Luis Jiménez Azúa, Juan Comas, etc. Juan Ramón había llegado a la Isla de la Simpatía, como él la bautizó, en 1951 y la convirtió en su patria casual o elegida según el mismo declaró. En 1956 murió su esposa, Zenobia Camprubí, y ese mismo año recibió el Premio Nobel. Al año llegaba yo con unos documentos que el Ayuntamiento de Moguer, su pueblo, le remitía ofreciéndole un lugar para el reposo definitivo en el camposanto moguerense. Yo venía de las tierras onubenses de los ríos Tinto y Odiel, del mismo monasterio de La Rábida, donde me había casado en mayo, a cuya sombra se desarrollaban los cursos veraniegos de la Universidad Hispanoamericana de Santa María de la Rábida. Tuve ocasión de ver al poeta en dos ocasiones y de cumplir con el encargo. La segunda vez me hizo saber que su corazón, su alma, estaban en Moguer. Me emocionó la soledad y el silencio de aquella extraordinaria voz lírica; me conmovió contemplarlo desgajado, sin Zenobia, del medio humano y geográfico de los escenarios por los que trotó Platero, con esos indescriptibles ocasos que el poeta describió como nadie y que debió de rememorar ante los **«fastuosos crepúsculos nocturnos puertorriqueños —son palabras tuyas—, con tales colores que volverían locos a los pintores barrocos italianos y me vuelven loco a mi cada ano-**

checer».⁸ Juan Ramón era como el símbolo de la España peregrina. Yo sentía por vez primera lo que era el drama del exilio: Dejar. Dejar repentinamente todo atrás, hogar, familiares, amigos, libros, actividades... Actor y, por lo tanto, sufridor del infortunio, Juan Ramón había escrito: «**¿No querría uno, yo mismo, ser aquí otra vez joven, volver a la niñez, ser de nuevo el niño dios que yo dije en mis primeros poemas? ¿Ser enterrado siéndolo aquí, con su amor de siempre, en un cabo isleño que entrara en el mar Atlántico, pie siempre dispuesto para oriente en su alada fijeza hacia España?**»⁹.

En posteriores viajes conocería a otros exiliados, pero la visión de Juan Ramón envuelto en su soledad, y la contemplación de la tumba de Pedro Salinas en el viejo cementerio de San Juan fueron de las primeras e imborrables huellas que América marcó en mi alma.

LOS MIEDOS DE LA REPÚBLICA DOMINICANA

El 12 de octubre estábamos en la entonces Ciudad Trujillo de la República Dominicana. Yo había abrigado la intención de ir redactando un Diario del viaje. Luego desistí. ¿Por qué no lo escribí? Por temor. Hoy resulta casi cómico reconocer tal causa, pero es la verdad. Yo viajé con miedo a la República Dominicana, y tal estado de ánimo me lo producía el recuerdo de un incidente acontecido años atrás. Concretamente en 1953 publiqué en la revista **Estudios Americanos** una crónica o información con el título de **La situación política en el Caribe**. En ella, al tratar de la República Dominicana, escribí: «**Haciendo pareja con Cuba, y en las Islas de Colón, encontramos a una de las más interesantes dictaduras de Hispanoamérica: la de la República Dominicana, vinculada a la familia del dictador. En 1930 comienza la Era Trujillo.**

8. Elogio de Puerto Rico. Prólogo de Eugenio Fernández Méndez. San Juan de Puerto Rico, 1993 p. 12.

9. Ibidem. p. 10

El Generalísimo Trujillo ha gobernado en su país durante los siguientes periodos: 1930-4, 1934-8 y 1942-52. En ellos ha regido la mitad de la isla Española como una propiedad, familiarmente. Este hombre —que se denomina a sí mismo Príncipe Encantado, Hombre luz, El que todo lo sabe, etc.— ha sido calificado de caso teratológico por sus numerosos enemigos». A semejanza de Trujillo —sin duda su modelo— el dictador-patriarca de García Márquez se haría llamar **Descompositor de la madrugada, Comandante del tiempo, Depositario de la luz...**¹⁰

Mi crónica en **Estudios Americanos** mereció una queja de la embajada dominicana, elevada al C.S.I.C. de quien dependía la Escuela de Estudios Hispanoamericanos, entidad editora de la citada revista, que se vió obligada a interrumpir la distribución del número 18. Recordar esto, me turbaba e impedía redactar páginas confiándoles mis apreciaciones.

El primer día de mi permanencia en Ciudad Trujillo no salí del hotel, aquejado de unas décimas de fiebre. Era la venganza de no sé quien. En México, más tarde, me aclararían que de Moctezuma. Vino a verme un paisano canario, que me contó tal cantidad de historias sobre brutalidades del régimen trujillista, que mi estado de ánimo no era el más apropiado para sumergirme curiosamente en la novedad de la antigua isla Española. Creo que me habló del caso Jesús de Galindez, cuyo libro, **La era de Trujillo**, apareció en 1956, año en que yo lo recibí remitido por un amigo chileno. Libro que, sin duda, le costó la vida al autor.

La isla de Santo Domingo, en la que me encontraba, había ofrecido al descubridor una especie de «**valle del Paraíso**» bañado por auras celestiales¹¹. Los capítulos más bellos de la prosa lascasiana son, tal vez, los que dedica a la Española que «**por su excelencia, bondad, fertilidad y grandeza, merecen a todas las tierras ser prepuesta**». Los paisajes insulares parecieron a Las Casas, maestro de la hipérbole, «**pintados sobre un paño de Flandes**»... Y, dentro de este paisaje, resaltaba las aguas y el extraor-

10. Gabriel García Márquez: El otoño del patriarca. Barcelona, 1975 p. 93.

11. Joaquín Balaguer: Colón, precursor literario. Santo Domingo, 1974 pp. 45 y 48.

dinaria escenario de la Vega Real, con ríos sólo existentes en la imaginación del dominico.

Me encontraba en aquella tierra, célula matriz de la colonización hispana allende los mares. Inevitablemente una teoría de personajes se aposentaron en mi mente: los Colón, Bovadilla, Ovando, Anacaona, Montesinos, Las Casas, Ponce de León, Ojeda, Fernández de Oviedo, Garay... Por allí desfilaron todos los que marcharon a las restantes y circunvecinas islas o se proyectaron sobre el Darién y Tierra Firme. Por las calles de las Damas y a orillas del río Ozama no era difícil imaginar a algunos de estos personajes. Allí se planteó y discutió por vez primera el trato dado a los aborígenes y el derecho de Castilla a la conquista. Allí se alzó el primer Arzobispado y la Primera Universidad americana. El régimen de Trujillo había reconstruido con fidelidad el palacio de los Colón revistiéndolo con acierto. Fue inaugurado entonces. Mis temores pasaron a segundo término. Una noche pude presenciar al dictador paseando con unos amigos a la orilla del mar, y en uno de los actos copresidió con su hermano Héctor entonces presidente.

Viví unos días sumergido en un ambiente de pasado y presente; el pasado de los textos que se discutían en el Congreso, el ayer del citado palacio, de la calle de las Damas, del culto que se le dispensaba a Colón, siempre nominado el Almirante... El presente del régimen político imperante y de un algo que me resultaba familiar aunque distinto. Quizá lo más diferente era el color de la piel de la gente y la naturaleza tropical; quizá lo más familiar estuviera en las casas bajas, terreras, en el habla del pueblo y en la conciencia del significado de los canarios en la historia pasada dominicana ¹². La toponimia de varios pueblos (San Carlos de Tenerife, San Fernando de Montechriste, San Rafael de la Angostura, Santa Bárbara de Samaná, Sabana la Mar) delataban el quehacer colonizador de los canarios. Las casas, por su altura, tipo de puertas y colores resultaban similares a la de algunos barrios canarios. La musicalidad del habla no me sonaba extraña. Cuando hablamos u oímos hablar caemos en la cuenta, repentinamente,

12. Vid. Francisco Morales Padrón: *Colonos canarios en Indias*. «Anuario de Estudios Americanos» Vol. VIII Sevilla, 1951 pp. 399-441...

que un vocablo o una expresión aglutina a un periodo o momento de nuestra vida. Sucede así porque esas palabras se hicieron escuchar con frecuencia, hasta dotarlas de un especial significado. Nos acontece con **responsabilidades, regeneración, cruzada, transición, centenario...** Otras veces la voz carece de tal valor, no es eje en torno al cual gire una época de nuestra vida. Es esta, nuestra vida, la que ha establecido una relación con el término. Nos sucede a nosotros cuando descubrimos en el vocabulario hispanoamericano conceptos y expresiones que usábamos en nuestra infancia, allá en las Islas y que, alejados de estas, dejamos de usar. Su inesperado sonido o lectura nos trae instantes del ayer, vivencias de la tierra natal. Me ocurrió, primero, en Puerto Rico, se repitió en Santo Domingo y Cuba. Y ello aguijoneó mi curiosidad sobre la presencia canaria en América delatada no sólo por topónimos sino por palabras como las que escuchaba al pueblo de Santo Domingo: **asina, dir, tupío, asigún, virar casa terrera** o de una sola planta, **cuartos por dinero...**

Con cierta satisfacción me fui esta vez de la República Dominicana. Había tenido la ocasión de vivir durante unos días en una auténtica dictadura, de las más genuinas de América, donde el poder, como escribió García Márquez, es un «**légamo sin orillas**». Allí, en su estado-hacienda particular, quedaba el patriarca en la plenitud de su otoño «**señalando con el dedo a los árboles que debían de dar frutos y a los animales que debían crecer y a los hombres que debían prosperar, y había ordenado que quitaran la lluvia de donde estorbaban las cosechas y la pusieran en tierra de sequía, y así había sido, señor, yo lo he visto, pues su leyenda había empezado mucho antes de que él mismo se creyera dueño de todo su poder...**»¹³ Dejé Santo Domingo camino de Jamaica.

Jamaica, la más hermosa que los ojos vieron

Para mí el conocimiento de Jamaica ofrecía un peculiar significado: No la conocía y mi tesis doctoral, publicada en 1952, acla-

13. García Márquez: loc. cit. p. 93

raba su pasado hispánico¹⁴. Un fallo de los americanistas españoles consistía en el desconocimiento de las tierras cuya historia investigaban. Ya en el siglo XVI Bernal Díaz del castillo le había echado en cara al clérigo capellán de Cortés Francisco López de Gomara escribir sobre la Conquista de México sin haber participado en ella. Bernal escribe **«no me extraña que no acierte en lo que dice, pues lo sabe por nuevas»**¹⁵. Tampoco don Juan Bautista Muñoz, creador del Archivo General de Indias, y autor de una incompleta Historia del Nuevo Mundo, estuvo en éste. Yo quería subsanar semejante deficiencia y por eso fuí a Jamaica. De la mano del colega británico Gabriel Coulthard, me adentré en el escenario de unos hechos que había desempolvado en los viejos legajos. Me aposenté en el campus de la Universty Wes Indies. Pese a ese pasado español, y al contrario de las otras dos islas visitadas, todo me resultaba exótico. Jamaica me impresionó; me impresionó la negritud de su población; el apartheid de la sociedad blanca minoritaria; la presencia de chinos y el resultado fementino de su mezcla con negras; la frondosidad y belleza de las montañas y playas; los leves vestigios hispanos conservados en Spanish Town antigua Santiago de la Vega. Colón había descubierto a la isla durante su segundo viaje, en 1499, y no le regateó elogios... **«es, dice, la más fermosa que los ojos vieron, ella no es montañosa y parece que llega la tierra al cielo; es muy grande, mayor que Secilia; tiene en cerco ochocientas millas, es toda llena de valles e campos, e prados. Es muy fertilísima, e pupolatísima ultra modo»**¹⁶. El Almirante quedó enamorado de la hermosura de Jamaica. No mentía Cristóbal Colón ni otros autores que le siguieron piropeando a Jamaica con una prosa diti-rámbica. Personalmente comprobamos lo que ya conocíamos a través de los documentos y de lo cronistas; pero la Jamaica de mediados del siglo XX no era la de los siglos XVI-XVII. Los ingleses, que se apoderaron de ella alevosamente en 1660, introdujeron cuantiosas cantidades de hombres de color, que ya los españoles

14. Francisco Morales Padrón: Jamaica Española. Sevilla, 1952.

15. Ramón Iglesias: El hombre Colón y otros ensayos. México, 1944 p. 85.

16. Andrés Bernaldez: Memoria del Reinado de los reyes Católicos. Madrid, 1962, Cap. CXXIV p. 312.

habían usado en el cultivo de los campos. Surgió así en pleno trópico americano una cultura angloafricana llena de originalidad. Es la originalidad del Caribe, gran «**olla en ebullición**», en donde lo americano ha maridado con lo africano y con lo hispano, inglés, francés y holandés.

Peculiar nos resultó aquella West Indies University, de alumnos negros con toga y profesores mayoritariamente blancos. Nuestra curiosidad se sintió poderosamente atraída por la sociedad, integrada casi en un cien por cien de negros, adobada con elementos culturales anglosajones (trajes, viviendas, etc.) De esa sociedad fue el grupo de los **Rastafaris** lo que más llamó nuestra atención. Era un conjunto de negros, distinguibles por sus enmarañadas y aleonadas cabelleras, barbas y vestuarios pintorescos, a los que no convenía mirar con insistencia. Los **Rastafaris**, entonces una minoría, terminarían con el tiempo, y a causa de su modo de vida, estética y música, en convertirse en la principal seña de identidad de lo jamaicano. El fundador de la hermandad fue Marcus Garvey, el cual, empachado de lecturas bíblicas y cigarrillos de hierbas, proclamó que los negros de América eran una de las tribus de Israel esclavizada. Profetizó la coronación de un rey africano que, cual mesías, devolvería a los negros de América a sus tierras de Africa. Los seguidores de Garvey identificaron como rey negro de la profecía al príncipe Ras Tafari, coronado en Abisinia durante 1930 como Rey de Reyes, León de Judá, heredero de Salomón y de la reina de Saba, con el nombre de Haile Selassie, el Negus. Los fanáticos seguidores del estrafalario Negus, es decir, el conglomerado jamaicano de los rastafaris, su contemplación aislada en las calles de Kingston, constituyó una de esas primeras visiones indelebles que me mostraban una América a la que no respondía mi cliché. Con lo que había visto hasta el momento en las Antillas disponía de elementos para deducir cuan errónea era mi idea de América. Había muchas Américas, unas más americanas que otras. Existía una América del Atlántico, del Caribe, del Pacífico; de las alturas, de las zonas templadas, de las pampas, de los llanos, de las sabanas; del banano, de la caña de azúcar, del café, del tabaco, de la carne, de los metales; de lo Austrias, de los Borbones. etc. etc. El conocimiento de Cuba me confirmaría esta diversidad. A ella fuí en busca de mis familiares.

CUBA, LA MÁS HERMOSA

Para titular este último apartado referido a Cuba no nos ha importado casi repetir el epígrafe que le asignamos a Jamaica ¿Por qué? Porque Colón, primer europeo en conocer ambas islas, incurre en tal repetición. En su Libro de la primera navegación el 28 de octubre asienta que Cuba «**es la más hermosa que ojos hayan visto**», con tierras altas como Sicilia. De Jamaica, lo vimos, escribió que es «**la mas hermosa que los ojos vieron**» y mayor que Sicilia. El mismo requiebro y el mismo segundo término de comparación.

El 21 de octubre de 1492 Colón oyó hablar de Colba a los aborígenes de las Bahamas. **Colba** era Cuba. Las primeras impresiones del Almirante sobre la isla no sólo se hacen constar en el Diario, sino en la famosa carta que dirige a más de un destinatario contándole su hallazgo. El genovés, no exento de lirismo, hace saber que «el invierno era ya encarnado» (estaban en octubre), y que había «**palmas de seis o de ocho maneras, que es admiración verlas por la disformidad hermosa dellas**»¹⁷. Colón usa aquí disformidad por desmesura. La altura y la elegancia de las palmeras reales fue también algo que nos admiró a nosotros a desplazarnos de la Habana a Ciego de Avila, Camagüey, donde residían parte de mis parientes. Fue aquel un viaje que al año, en 1958, no pude repetir debido a la inseguridad de la ruta. Por entonces el amago de la guerrilla castrista era algo que se sentía en la misma Habana. Recuerdo que un día apareció un muerto cerca de la casa de mis tíos, en el Vedado, donde yo vivía. No fue tampoco fácil lograr una autorización para visitar el Morro. El país discurría por los últimos tramos del régimen corrupto de Fulgencio Batista, otra dictadura caribeña.

Cuando recalé en la Habana, procedente de Jamaica y tras lograr de modo anecdótico un visado en Santo Domingo, creí encontrarme en Cádiz. Un Cádiz ruidoso de voces y con negritos según canta la popular habanera. Al arribar Colón a Cuba, en oc-

17. Vid. para esto y para lo que se dice de las cartas de Alvarez Chaca y Miguel de Cúneo al tratar de Puerto Rico, la obra *Primeras cartas de América*. Transcripción, estudio y notas de Francisco Morales Padrón. Sevilla, 1989.

tubre de 1492, fondeó en el río de Mares (Gibara). Al final de su diaria anotación en el cuaderno de abordo, señala que toda aquella mar **«debe ser siempre mansa como el río de Sevilla»** y añade que se divisaban **«dos montañas hermosas y altas»**, que le recordaron a la granadina Peña de los Enamorados. Ya el día anterior los marineros habíanse percatado de unas yerbas grandes semejantes a las que se ven en Andalucía por los meses de abril y mayo. Según el geógrafo cubano Antonio Núñez Jiménez, a Colón le debió de impresionar la imagen y la leyenda de la bella Peña de los Enamorados cuando fue de Sevilla Granada para entrevistarse con los Reyes, pues, en efecto, el parecido entre los dos accidentes geográficos es evidente¹⁸. En la bahía de Gibara permaneció Colón un buen tiempo, y la contemplación del paisaje le afectó de tal manera, que más tarde lo volvería a recordar. Nosotros no hemos estado nunca en esa zona de Cuba; en las cuatro ocasiones que hemos visitado a la isla no pasamos de Trinidad y Ciego de Avila.

De aquella primera Cuba (1957) me atrajo la belleza de la Habana que, a semejanza de San Juan de Puerto Rico, me aportaba remembranzas gaditanas y canarias. Retengo, así mismo, la hermosura de la Bahía con el Morro vigilante; el verde de los campos, sobre todo por Holguín, con sus airosas palmeras, tabaco y cañas de azúcar. No olvido la intensa vida española desarrollada en varios de los grandes centros regionales, alzados en edificios de espléndida arquitectura por el paseo de Prado. Tuve ocasión de conversar y hasta discutir con diversas personas en torno a la colonización española. Fue en Cuba, por vez primera, donde comencé a palpar directamente los sentimientos e ideas imperantes entre el común de la gente sobre el pasado español-americano. No era muy favorable su versión, y eso que quienes hablaban conmigo eran hijos de españoles o habían nacidos en España. Canarios, sobre todo, y a los que allí llamaban isleños, sinónimos de canario, que en el XVI abandonó su carácter de gentilicio y se convirtió en sinónimo de «práctico en la tierra»,

18. Antonio Núñez Jiménez. El Almirante en la tierra más hermosa. Jerez de la Frontera, 1985 pp. 71-73.

experimentado en las luchas (baqueano)¹⁹. Directamente supe lo que era esa otra Canarias humana, transplantada a los campos cubanos en una emigración que muchas veces alcanzó caracteres de esclavitud.

Santo Domingo daba la sensación de muy hispana, pese a su color, con un claro afán de resaltar sus esencias para reforzar éstas frente al peligro haitiano. Puerto Rico no desdecía de este españolismo, en el que se aposentaba un norteamericanismo determinante. Cuba, apenas llevaba medio siglo de independencia y la emigración española reforzó su rostro hispano, pero muchos de los emigrantes o descendientes de ellos no dudaban en criticar la torpe política del pasado y en mostrar su pronorteamericanismo como los llamados **pitiyanquis** de Puerto Rico.

Yo llegaba en 1957 a la tierra que en mi infancia imaginé, inspirado por unas cartas recibidas en casa de mis abuelos. Iba a encontrarme con los hermanos de mi madre, que escribían aquellas letras. Iba a conocer a sus descendientes, a sus hijos, a mis primos ya cubanos. Los encontré y teniéndolos a ellos por guías anduve por la Habana y el interior insular. Todavía no era muy fuerte el eco de los disparos dados en Sierra Maestra. Volví al año, y entonces sí que se escuchaban en la Habana los disparos de Sierra Maestra y Escambray. La inseguridad era tal, que me fue imposible, como dije, repetir la visita a mis parientes de Ciego de Avila. Nada ni nadie hacía presagiar lo que sería el futuro de aquellos seres integradores de varias familias, ya cubanas, de mi propia sangre. Imposible suponer que la revolución los aventaría y obligaría a morir lejos de su patria casual y elegida. Con los que perviven y sus descendientes, me he vuelto a encontrar en los EE.UU., en Venezuela y en la misma Cuba, donde permaneció un miembro varón de la familia, dueño de una tierra que el gobierno revolucionario no le incautó. Pero ésta es otra historia.

19. Vid. lo que dice sobre esto Manuel Alvar en el prólogo a la obra de Manuel Alvarez Nazario: *La herencia lingüística de Canarias en Puerto Rico*. San Juan de Puerto Rico, 1972.

COLOFÓN

A manera de colofón de estas confidencias, hechas por vez primera, quiero, de inmediato, agradecer a la Academia Nacional de la Historia Argentina el honor que me ha deparado al permitirme desarrollar esta exposición en su seno, representado por notables historiadores. A ellos manifiesto mi gratitud por escucharme y por haber decidido en su día que se me concediera tal distinción.

Mi reconocimiento también a quienes me presentaron como candidato, y muy especialmente al Dr. Edberto Oscar Acevedo por su cariñosa y generosa presentación. Oyéndole hablar no me ha sido difícil evocar un pasado común, compartido con diversos colegas argentinos, bajo los techos de la Residencia «Casa Seras», el Archivo General de Indias, la Escuela de Estudios Hispano Americanos e, incluso, el curso de verano de la Universidad de La Rábida. Entonces éramos jóvenes, y por lo mismo, estábamos insatisfechos y coleccionábamos ilusiones. Tal vez yo sin haberlo abrigaba entonces la ilusión de venir algún día a esta ciudad en cuya grandeza se perdió por un tiempo mi padre.

¿Qué méritos pueden encerrar estos renglones? Poseen un valor testimonial, de frescura: el que le da el hecho de recoger vivencias personales. Teniendo en cuenta que en **España la historia está íntimamente unida a la vida**²⁰, que nuestra producción histórica más valiosa, sobre todo la americanista, es aquella escrita al filo de los hechos, la que ha nacido de una visión directa, de una vivencia de los acontecimientos relatados, como acontece con los cronistas de Indias, estos capítulos nuestros bien pudieran considerarse cual crónica moderna de un viajero que, al igual que los del XVI, se acercó al escenario del Nuevo Mundo provisto de conocimientos librescos, de mucha curiosidad y de bastante ignorancia.

Sevilla, Mayo de 1996

20. Ramón Iglesias: loc. cit. p. 61.